

## **RECUERDOS DE UNA TARDE DE LLUVIA**

Nieves se asoma a la ventana con la expresión concentrada de quien mira por primera vez un paisaje y trata de retener en su memoria cada árbol, cada piedra, hasta el aire que corre juguetón entre las ramas.

Fuera llueve. Las gotas caen con un ruido sordo que parece marcar el ritmo de una melodía ancestral. El cielo está oscuro y deja adivinar, muy vagamente, el contorno del paisaje que Nieves observa. Su rostro lleno de arrugas se pega contra el cristal frío a la vez que exhala un suspiro, dejando un dibujo uniforme a causa del aliento cálido que se condensa en el cristal. Nieves no está haciendo el esfuerzo de grabar en su memoria el borroso paisaje que la lluvia desdibuja ... Trata de recordar.

Sabe que conoce ese lugar, que no es la primera vez que se encuentra en esa cabaña, que ha ocupado en otras ocasiones ese puesto junto a la ventana, y que ha visto caer, no esa lluvia, sino muchas otras. Está segura de que la fascinaba ver cómo llovía en aquel apartado rincón del mundo y que se pasaba las horas junto a esa ventana, tranquila, segura, feliz ... pero ... cierra los ojos acuosos como las ramas de los árboles ... pero no encuentra el recuerdo en su memoria ... ¿Qué le pasa a su memoria?

Por un momento se retira de la ventana y vuelve el rostro contrariado a la habitación. Todo lo que ve en ella la reconforta, le crea una paz sosegada en su interior, junto al pecho. El sofá con la manta que se encuentra situado junto a la chimenea, la mesita repleta de libros, una cesta llena de ovillos de lana; una mesa con cuatro sillas y una estantería repleta de juegos de mesa. Una sala para relajarse. Eso es lo que la sala le produce ... relajación.

Nieves se acerca al sofá, coge la manta y se la echa sobre los hombros. Aunque la chimenea está encendida siente frío. No está segura del motivo que la mantiene destemplada en una habitación tan acogedora; aunque quiere pensar que se debe a la tormenta que fuera barre con furia todo lo que se encuentra a su paso. Sabe que no es así, nunca le ha dado miedo la lluvia.

La puerta se abre con suavidad y aparece una mujer que lleva un libro. Lo muestra triunfal ante ella, como si fuese un trofeo.

- ¡Lo he encontrado! – exclama la mujer -. Pensaba que en algún momento te lo habrías llevado a la ciudad en uno de nuestros viajes. Estaba bajo la almohada, como casi todos los libros que leías por las noches. Si te sientas en el sofá te lo leo. Ven – la mujer le tiende la mano y Nieves la toma, segura; sin saber porqué, sabe que puede confiar en ella -. ¿Tienes frío? ¿Quieres que eche otro tronco a la chimenea? ¡Siempre has sido tan friolera!

- No – responde Nieves, aturdida -; estoy bien.

La mujer la ayuda a sentarse y se sienta a su lado, rodeándola con el brazo, protectora, con amor. Nieves la mira entornando los ojos. No sabría decir porqué, pero algo en su interior le asegura que ella es mayor. Le atormenta lo que esa mujer le hace sentir, una sensación parecida a la de la lluvia: llenando todo el espacio con su presencia, derribando muros infranqueables, dando vida, le produce paz ... Se sabe protegida por ese abrazo que la aferra con una delicadeza rayana en la adoración. La voz de la mujer, mientras lee, le resulta como un soplo de aire que barre las cosas malas, como el ruido que invade cada rincón, como el agua que empapa y limpia. La mira entornando un poco más los ojos. ¿Quién es esa mujer? ¿Qué tiene que ver con ella? No está segura de nada, pero algo se agita en su interior estando tan juntas. Sabe que se encuentran solas en la cabaña, recuerda que han llegado en el mismo coche, que conducía esa mujer mientras le hablaba de un tiempo pasado. Frases dichas con jovialidad acuden a su memoria como si hubiesen sido pronunciadas en un tiempo lejano y no aquella misma tarde. “Nos fue difícil al principio.” “Nuestra cabaña, nuestro refugio.” “No todo ha sido un camino de rosas, pero aprendimos a coger las espinas y luchar con ellas.” “Tú y yo.” Le contaba una historia ... su historia ... la historia de ambas.

Nieves regresa junto a la ventana. Sus ojos siguen el recorrido de las gotas al resbalar por el cristal. Siente el rostro húmedo y por un momento imagina que la ventana se encuentra abierta; pero sus ojos siguen observando como el agua juega a perseguirse en el cristal y comprende que está llorando.

- Al principio te costaba salir a la calle cuando llovía, nunca te ha gustado llevar paraguas. Te tranquilizaba escuchar las gotas caer. Tu sueño siempre fue tener una cabaña en el bosque y sentarte junto al fuego mientras fuera lloviese.

- Llegaste cuando más te necesitaba, Cris – dijo Nieves, sin saber porqué-, y aunque has tenido motivos para marcharte, siempre has estado junto a mí.

Con un dedo trémulo Nieves dibuja el recorrido de una gota que resbala por el cristal. - ¿Quién eres? – pregunta segura de que el nombre de esa mujer es Cris, pero sumergiéndose una vez más en las tinieblas de su mente.

Ahora las lágrimas acuden al rostro de Cris. Nieves se gira y besa su mejilla húmeda; su rostro es cálido; siente su corazón palpar con furia, escuchando cada latido. Nieves puede leer en cada arruga del rostro de Cris cientos de historias, de momentos, de situaciones, de besos, de caricias, y en el centro de sus ojos marrones descubre algo aún más bello... descubre el amor. Un amor que ha superado una infinidad de pruebas a lo largo de los años, pero que aún sigue vivo, con la misma intensidad, con mayor fuerza.

Nieves sabe que Cris no es una mujer cualquiera, que es su compañera de vida; la persona a la que había elegido, y que la había elegido a ella, para llegar hasta ese momento de sus vidas, en el que el tiempo se les escapa. Sabe que las historias que lee en las arrugas del rostro de Cris, son las mismas que lee en el suyo propio. La historia de ambas.

- Mi amor – susurra Nieves con una sonrisa -, mi pequeña.

- Mi abuelilla – susurra Cris sonriendo a su vez -, mi amor.

Unen sus labios en un beso cálido: el primero que recuerda Nieves, el número infinito para Cris.

Un trueno resuena a lo lejos cuando se separan. Las tinieblas vuelven a la mente de Nieves, quien dirige la mirada al paisaje, intentando descubrir la forma de los árboles tras la tela que forma la lluvia al caer.

- Vamos junto al fuego, te seguiré leyendo - Cris la coge de la mano y Nieves se deja llevar, segura y a la vez confusa.

Aquella mujer ... ¡Ya sabía quién era aquella mujer! ¡Aquella mujer era lluvia!